

¿QUIÉN ERES BONICO QUE POR LA CARA NO TE SACO?

PACO TRUJILLO, EL CORRALERO

Por Ignacio Latorre Zacarés

Inicio de junio y nos presentamos por la tarde en la casa de Julia Trujillo donde reside temporalmente su padre, Francisco Trujillo Onielfa, más conocido en el pueblo como Paco “El Mono” por mote familiar de su padre.

Paco, que durante muchos años ha sido el corralero de la plaza de toros de Venta del Moro, no se pierde ninguna corrida del ciclo isidril de Las Ventas y nos atiende, antes de disponerse a ver la torada del día, y es que su pasión confesa han sido siempre las reses bravas.

Paco nació en 1933 en Venta del Moro, hijo de Francisco Trujillo Trujillo (nacido en 1900) y Alejandra Onielfa Descalzo, ambos también de Venta del Moro, así como sus ascendientes. Por tanto, de familia venturreña cien por cien que se ha ganado la vida en el campo. El padre de Paco trabajó en la agricultura, aunque cuando las obras del ferrocarril Baeza-Utiel optó por el “jornal de la vía” que era mucho más suculento que el del campo. Los patriarcas tuvieron cinco hijos: Angelina, Julia, Miguel, Victoria y el propio Paco. Pronto hubo que trabajar y Paco lo hizo a partir de los ocho o nueve años, ya que hacía muchos “novillos” en la escuela de D. Segundo, que estaba cercana al Sindicato del Aceite y era nocturna y de pago. Prefería escabullirse e ir a los bares. Enterado el padre por el propio maestro de las continuas ausencias del muchacho, le llevó a trabajar a la agricultura o incluso a recoger espuestas de boñigo. Así, se dedicó toda su vida a la agricultura, cultivando sus “viñetas” y yendo a jornal con aquel que requiriera sus servicios.

Le tocó vivir la Guerra Civil y la Posguerra, tiempos que recuerda de miseria y hambre. Había que ganarse la vida como fuera. Su padre y él en un serón sobre el macho, iban a por

pan a Villargordo, donde iba más barato, para vender unos veinte panes por viaje en Venta del Moro. Se ganaban unas buenas pesetas. También tenían dos o tres cabras cuyo ordeño les permitía expender leche puerta a puerta por algunas casas del pueblo.

Penurias las había, pero la infancia es la infancia y Paco era algo “trasto” y se ganó muchas regañinas, como cuando en la Casa Nueva al pastor le cogió unas tajás de la orza, pero fue delatado porque el aceite le caía por el canal de sus pantalones de zagal. También le daba buenos repasos a las patatas y remolachas moradas que sembraban los de Casas de Moya en las huertas.

Su afición por los animales la cultivó siempre. Criaba cerdos y los vendía ya capados a las siete semanas, ganándose unas pesetillas. Para el gasto de la casa, además de los chinos, tenía gallinas y conejos. Y, cómo no, tuvo su “macho” siempre y, de hecho, fue la última caballería que quedó en la Venta, aunque en sus últimos años ya no trabajaba y finalmente lo tuvo que “quitar” por una embolia (“*como las personas*” afirma).

Pero en el pueblo, Paco es conocido por haberse dedicado gran parte de su vida al cuidado de las reses que se lidiaban en Venta del Moro. Rememoramos cuando se hacían los actos taurómacos antes de tener la plaza construida en 1971. Entonces, él ya participaba en el cuidado de animales. En la propia Glorieta y aún en la fábrica de alcohol se hacían plazas

de toros a base de carros, mientras los animales se encerraban en el almacén de la fábrica de harina. Otra plaza temporal fue junto a las escaleras de la Glorieta, en las propiedades de la familia de los López, y se encerraban a los animales en la bodega de los citados. Por último, la plaza de carros se estableció en el actual patio de las escuelas y encerraban los animales en el corral de don Emilio el médico, en el actual consultorio médico. Otras veces, las reses las subían desde la fábrica de Vento Galindo a las Escuelas con cuerdas, que eran atadas por delante y por detrás del animal, portando al novillo entre cinco o seis aficionados. Entre los aficionados venturreños a salir a los novillos recuerda a Abundio el aperador, Julián García “Pescatero”, Adelo Medina, Eugenio Fuentes, José Tornero “Jara”...

Los bureles que se traían ya tenían cierta importancia y la Peña Taurina decidió edificar una plaza de obra permanente que se inauguró el 24 de junio de 1971. Paco se acuerda de todos los afanes por su construcción y de los promotores principales: Antonio Haya “Zapatero”, Adelo Medina, Nicolás Játiva, Raúl Latorre, Eugenio Fuentes, etc. Él también se incorporó a la Peña, pero en su caso, en vez de participación en dinero, aportó su trabajo de cuidado diario y nocturno de los novillos y vaquillas. En la plaza, además de los corrales, poseía su propio burladero para facilitar el manejo de las reses. No es fácil el trabajo de corralero, como lo demuestra que, cuando esto se escribe, acaba de fallecer un torilero en Benavente (Zamora) corneado por un novillo cuando le abría la puerta. Uno de los secretos, nos confiesa Paco, es no cambiarse de ropa, pues los animales recelan cuando no reconocen a la persona que están habituadas a ver en los corrales.

Se acuerda de algunos de los toreros que pisaron el albero venturreño: los venezolanos Adolfo Rojas y Efraín Girón, el norteamericano Robert Ryan, Gregorio Lalanda, El Puno, El Soro y una larga lista, pero, sobre todo, de los hermanos Gabriel y Ángel de la Casa, hijos del afamado Morenito de Talavera, que mantuvieron mucha vinculación con los

aficionados venturreños, conviviendo con ellos en jornadas festivas.

Su función de corralero era la de la entrada de animales en los corrales (a veces dificultosamente), su mantenimiento y su salida al ruedo. Pero, además, ejercía de veedor en las distintas ganaderías donde se adquirían los novillos o vacas, junto con otros aficionados como Alberto Lahiguera, Adelo Medina, Antonio Haya, Tonín Iranzo, Raúl Latorre y otros. El citado Alberto Lahiguera lo auxiliaba en los corrales. Recuerda con nostalgia y alegría sus visitas a la ganadería de Fernando Marchante de Baños de la Encina (Jaén), a Guadalajara o a Villar de Olalla en Cuenca. Se traían en algún camión o en la propia furgoneta de Adelo Medina. Recuerda un viaje con un camionero utielano que traían sin guía y sin permisos a los novillos desde Guadalajara atravesando tres provincias y que fueron parados por la guardia civil porque habían pinchando una rueda, pero sin percatarse la Benemérita de que llevaban animales.

En los últimos años, solían lidiar en la plaza de Venta del Moro los alumnos de la Escuela de Tauromaquia de la Diputación de Valencia (Rafael Valencia, Jesús Adelantado, Paco Senda, Antonio de la Cruz “El Pireo”, Francisco Honrubia, Antonio J. Castro, José Casanova, Curro Ponce, José María Fijo “El Ciento”, Vicente García, Óscar Martínez, Curro Aniorte “El Brujo”, Ricardo Mora de Fabra, Óscar Sanz, Mejorano, Carlos Herrera, Maite Alcalá, Iván Grau, Ramón Toledo, David Hernández “Triguerito”...). Las reses las seleccionaba la Escuela, pero el cuidado se confiaba a Paco como corralero de garantía. Era insustituible.

Las rapacerías de su infancia las siguió realizando ya de corralero y cualquier descuido era aprovechado para poner a los muchachos en un apuro. Esto lo puede corroborar el que suscribe que fue elevado a las alturas por una vaquilla que Paco me echó cuando estaba de espaldas a los toriles, mientras observa la otra res que campaba por el ruedo. Lo primero que vio la vaca tras salir de los corrales fue mi espalda, pegándome tal talabarcazo

que, literalmente, “volé” sin necesidad de artilugios. También era corriente que los vacunos los echara por el propio callejón cuando éste estaba lleno de gente, teniendo que salir todo el mundo al ruedo. O aquella en que un maletilla cuando se perfiló para matar, Paco no tuvo otra ocurrencia que encrespar al animal pinchándole con una banderilla en la parte trasera. El enfado del torerillo fue fenomenal. Otras veces, dejaba sin luz a la plaza con el animal y los aficionados en el ruedo. ¡Cualquiera se fiaba del corralero!

Desde la infancia del que esto escribe, se acuerda de ver a Paco con una ligera cojera que uno creía que era a causa de incidentes con las reses, pero él me confirma que su andar es debido a varios percances con los carros, especialmente en uno en que permaneció atrapado más de tres horas en la huerta hasta que pudo ser liberado gracias a un tractor de potencia. Los carros no le han respetado, pero

los toros sí gracias a su pericia y conocimiento de los animales.

Casado con Juliana Andújar Haro, demasiado tempranamente fallecida, tiene cuatro hijas: Gloria, Julia, Isabel y Encarna, repartidas entre la Venta, Almería, Requena y Cuenca. Sus nietos también los hallamos repartidos por la geografía nacional: Nuria, Verónica, Ana, Gema, Francisco José, Sofía, David, Eva y Jesús.

Y ahora Paco anda de casa en casa de sus hijas, pero sin perderse las corridas de toros televisadas. Se alegra cuando sabe que está pronta la restauración de la Plaza de Toros, su plaza, y nos dice: *“aún guardo los candados”*. Aún los abrirás, Paco.



Francisco Trujillo Onielfa.